

Aviva el fuego del don de Dios - 2 Timoteo 1:1-7

(2 Ti 1:1-7) “Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, según la promesa de la vida que es en Cristo Jesús, a Timoteo, amado hijo: Gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor.

Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día; deseando verte, al acordarme de tus lágrimas, para llenarme de gozo; trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también. Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.”

Introducción

Como ya sabemos, Pablo se encontraba encarcelado en Roma, y todo le hacía suponer que iba a ser ejecutado en poco tiempo. Estando en esas condiciones escribió a su amado hijo Timoteo para advertirle de algunas cosas que estaban pasando en el presente y de cuáles iban a ser las características de los tiempos que estaban por llegar en el futuro. Y aunque el panorama que se cernía sobre ellos era ciertamente sombrío, la confianza del apóstol en el cumplimiento de los propósitos divinos seguía intacta, y por esa razón, escribió a su joven colaborador Timoteo para exhortarle y animarle a tomar el relevo que él mismo estaba a punto de entregar.

Ahora bien, Pablo comienza su carta mirando hacia el pasado, y lo hace con dos propósitos fundamentales.

- Por un lado quiere razonar acerca de la causa por la que se encontraba encarcelado. Explica a Timoteo lo que él ya sabía, que se encontraba en esa situación, no como consecuencia de que hubiera cometido algún crimen, o porque hubiera tenido una conducta impropia que llevara a las autoridades romanas a arrestarlo. La razón era otra muy diferente; había sido su fidelidad inquebrantable a Dios en el cumplimiento de su ministerio en el evangelio como predicador, apóstol y maestro de los gentiles, lo que le había llevado a encontrarse esa situación (**2 Ti 1:11-12**). Además, señala también que este evangelio que predicaba no lo había inventado él, sino que era el cumplimiento de “*la promesa de la vida que es en Cristo Jesús*” que Dios había hecho durante siglos a la nación judía (**2 Ti 1:1**). No olvidemos que Pablo había sido perseguido ferozmente por algunos de sus antiguos correligionarios judíos que le acusaban de haber abandonado la fe de sus padres, por eso vuelve a reafirmar que el Señor Jesucristo es el cumplimiento de las promesas hechas a la nación judía, y que él seguía sirviendo al Dios de sus padres con limpia conciencia, sin haber tenido que renunciar a nada de lo que las Escrituras decían (**2 Ti 1:3**).
- Y por otro lado, mira también hacia el pasado para considerar algunos hechos fundamentales que le habían unido con Timoteo de forma inseparable. En primer lugar vemos que ambos habían aprendido las Escrituras por medio de sus antepasados judíos. Ya hemos dicho que Pablo servía a Dios desde sus mayores que eran judíos, y de la misma manera Timoteo había aprendido desde niño a confiar en las Escrituras que le habían enseñado su madre y su abuela, que también eran judías piadosas (**2 Ti 1:5**) (**2 Ti 3:14-15**). Pero aun había mucho más,

y Pablo añade que *“nos salvó y llamó”* de acuerdo al propósito divino que se había originado antes de los tiempos de los siglos (**2 Ti 1:9**). Por supuesto, la salvación es algo que todos los cristianos auténticos comparten, y que les une en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, pero en el caso de Pablo y Timoteo, además de la salvación, ambos habían recibido también un llamamiento muy especial al ministerio. Pablo hace dos referencias en este pasaje al hecho de que había sido constituido apóstol por la voluntad de Dios (**2 Ti 1:1,11**), y luego recuerda también el momento en el que Timoteo había recibido su propio llamamiento especial por medio de la imposición de las manos del apóstol (**2 Ti 1:6**). Había sido Dios quien los había unido de esta forma en el ministerio.

Hasta ese momento Pablo y Timoteo habían pasado largos años sirviendo al Señor juntos, pero la próxima partida del apóstol indicaba que había llegado el momento de separarse. No es difícil imaginar cómo se sentiría Pablo cuando pensaba en tener que dejar a Timoteo, justo en un momento cuando el cristianismo había comenzado a ser duramente perseguido, y todos los cristianos fieles, y especialmente los siervos del Señor como Timoteo, iban a tener que sufrir mucho para llevar a cabo sus ministerios. Tuvo que ser difícil para Pablo exhortar a Timoteo a *“participar de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios”* (**2 Ti 1:8**). Ningún padre desea que sus hijos sufran, y si Pablo estaba pidiendo a su *“amado hijo”* Timoteo que lo hiciera, era porque no había otra alternativa. En cualquier caso, el apóstol se lo pide porque tiene plena confianza en Timoteo, puesto que está seguro de su *“fe no fingida”*, y de su disposición para el servicio, de lo cual sus lágrimas sinceras para llenarle de gozo eran una prueba indudable (**2 Ti 1:4-5**).

Ahora bien, los recursos que Timoteo tenía a su disposición para cumplir estas exhortaciones eran más que suficientes. En primer lugar Pablo le recuerda que contaba con *“el poder de Dios”* (**2 Ti 1:7,8,12**). En segundo lugar tenía a su disposición la *“gracia que nos fue dada en Cristo Jesús”* (**2 Ti 1:9**). Y en tercer lugar, tenía el *“Espíritu Santo que mora en nosotros”* (**2 Ti 1:14**).

Comenzamos pues el estudio de esta sección con el siguiente esquema:

Tema: Exhortación a avivar el fuego del don de Dios (**2 Ti 1:1-7**)

- Saludo: el escritor, el destinatario y el saludo (**2 Ti 1:1-2**)
- Sirviendo a Dios según la promesa de la vida que es en Cristo y que fue revelada antes en el Antiguo Testamento (**2 Ti 1:3-5**)
- El don y el llamamiento recibido de Dios (**2 Ti 1:6-7**).

Saludo (el escritor, el destinatario, el saludo) (2 Ti 1:1-2)

(2 Ti 1:1-2) *“Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, según la promesa de la vida que es en Cristo Jesús, a Timoteo, amado hijo: Gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor.”*

I. El escritor: *“Pablo, apóstol de Jesucristo”*

Aunque Pablo está escribiendo una carta personal a su amado hijo Timoteo, comienza presentándose como *“apóstol de Jesucristo”*. A primera vista esto puede parecer extraño, puesto que Timoteo ya sabía y reconocía la autoridad apostólica de Pablo, sin embargo, dada la importancia de los temas que va a tratar, y del encargo que Timoteo iba a recibir, fue necesario que aun siendo una carta personal, fuera entregada con toda la autoridad apostólica. Por lo tanto, debía leerla como proveniente de alguien que había sido

comisionado y enviado por Cristo mismo, y que actuaba como su representante autorizado. Esto serviría también para respaldar a Timoteo frente a otros que pudieran poner en duda su propio ministerio.

Notemos también que Pablo destaca que la dignidad de su ministerio se basa en dos hechos fundamentales:

- *“Por la voluntad de Dios”*. No había sido su propia elección, sino que fue un encargo divino que le había llegado directamente de Cristo (**Ga 1:1**).
- *“Según la promesa de la vida que es en Cristo Jesús”*. Pablo fue hecho apóstol con el fin de predicar el evangelio que trae la vida a través de Cristo y que había sido antes prometido por medio de los profetas del Antiguo Testamento y el mismo Señor Jesucristo. Si no hubiera habido tal promesa, él no habría sido constituido apóstol.

2. El destinatario: *“A Timoteo, amado hijo”*

Pablo se dirige a Timoteo como su *“amado hijo”*, lo que nos da una idea precisa de la calidad de la relación que existía entre ambos. A lo largo de toda la carta hay evidencias del calor del corazón de un padre para con su hijo. Así pues, las exhortaciones e instrucciones que Timoteo estaba a punto de recibir provenían de un apóstol, que en cierto sentido, era como un padre. A esto debemos añadir también que había muchas posibilidades de que fueran las últimas palabras que recibiera de él. Todo esto nos da una idea del respeto y solemnidad con las que Timoteo recibiría, leería y conservaría esta carta.

Cuando pensamos en la relación del apóstol Pablo con su amado hijo Timoteo, nos damos cuenta de que es posible mantener el equilibrio entre la intimidad y el respeto, la amistad y la autoridad. De hecho, es necesario que ambas cosas estén presentes en una sana relación de este tipo. Si no se entiende y respeta el principio de autoridad, la relación está condenada al fracaso, pero ocurrirá lo mismo si falta el amor y la amistad. Y esto es válido no sólo en cuanto a nuestras relaciones familiares entre padres e hijos, sino también en las relaciones con los líderes en la iglesia.

3. El saludo: *“Gracia, misericordia y paz”*

Aunque Pablo siempre usaba expresiones parecidas en la introducción de sus cartas, no por ello debemos pasarlas por alto. Aquí vemos que le desea a Timoteo que fuera auxiliado por la gracia, la misericordia y la paz de Dios.

- *“Gracia”*. Pone el énfasis en la inmerecida bondad de Dios hacia el hombre pecador que no merece nada. Pero no debemos asociar la gracia únicamente con el momento en que somos recibidos al convertirnos, sino que es una corriente constante que nos capacita para afrontar cada nueva necesidad que se presenta. El evangelio de Juan la describe como *“gracia sobre gracia”* (**Jn 1:16**). Y Pablo sabía que era suficiente para superar las dificultades y los tiempos de prueba (**2 Co 12:9**). Un poco más adelante en esta misma carta vuelve a recordarle que su salvación y llamamiento habían sido por medio de *“la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”* (**2 Ti 1:9**), y que para cumplir adecuadamente su ministerio sería necesario que se esforzara en la gracia que es en Cristo Jesús (**2 Ti 2:1**). Ahora, en su saludo, Pablo le manifiesta su deseo de que en todo momento sea consciente de la presencia de la gracia de Dios en su vida.
- *“Misericordia”*. Destaca la bondad espontánea de Dios, que trata con compasión y ternura al miserable.
- *“Paz”*. Es el resultado de disfrutar de la gracia y la misericordia.

A continuación dice que estas bendiciones provienen “de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor”.

- De esta forma se indica que el origen de estas bendiciones no es humano, sino divino: “de Dios Padre”.
- También se señala el medio por el que llegan: “de Jesucristo nuestro Señor”.
- El hecho de que Pablo, un monoteísta absoluto, asociara el nombre de Jesús con el de Dios como la fuente conjunta de estas bendiciones, es una alusión clara a la deidad de Cristo.

Sirviendo a Dios según la promesa de la vida que es en Cristo (2 Ti 1:3-5)

(2 Ti 1:3-5) “Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día; deseando verte, al acordarme de tus lágrimas, para llenarme de gozo; trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también.”

1. “Doy gracias a Dios”

Pablo estaba escribiendo esta carta desde una mazmorra romana, donde había sido encarcelado como un criminal peligroso por predicar el evangelio de Cristo. Además, había sido abandonado por muchos de sus amigos, peligrosas herejías amenazaban la iglesia, los creyentes estaban siendo perseguidos por el gobierno de Roma, y él mismo esperaba ser ejecutado en breve. En estas circunstancias, no deja de sorprendernos que el apóstol comience diciendo “doy gracias a Dios”. Pero aunque era cierto que tendría muchas razones para quejarse, él no quería que ninguna de ellas le quitara el gozo y suprimiera su gratitud a Dios.

Ahora bien, ¿por qué cosas daba gracias Pablo? Encerrado en su mazmorra, su mente viajaba hacia el pasado y se deleitaba en los recuerdos que atesoraba respecto a su amado hijo Timoteo. Se sentía agradecido a Dios por compartir la misma fe que él y por el amor genuino que le profesaba. Porque si bien era cierto que el apóstol había sido una bendición para Timoteo, también Timoteo lo había sido para Pablo. A su mente llegaban los recuerdos de todas las experiencias que habían pasado juntos sirviendo al Señor. Habían viajado juntos, predicado juntos y sufrido juntos por la causa del evangelio. Y pocas cosas pueden unir tanto a dos personas en esta vida como el hecho de colaborar juntos en la obra del Señor.

Así pues, antes de que Pablo exhortara a Timoteo, le expresa la gratitud que le debía a Dios por él. Y por supuesto, esto era algo completamente sincero, y no debemos ver en ello una táctica para ganar su obediencia, aunque no cabe duda, de que todos nos sentimos motivados cuando otras personas nos muestran su aprecio, y seguro que también a Timoteo le animó ver que después de algún tiempo sin contacto con el apóstol, su confianza en él seguía permaneciendo inalterable.

2. Sirviendo a Dios de acuerdo con la enseñanza del Antiguo Testamento

Entre los innumerables recuerdos que Pablo tenía de Timoteo, comienza mencionando que ambos habían aprendido a conocer a Dios desde sus padres. Pablo acababa de decir que servía a Dios desde sus mayores y ahora menciona que la fe de Timoteo había habitado primero en su abuela Loida y en su madre Eunice, quienes le habían enseñado

las Escrituras del Antiguo Testamento cuando todavía era un niño (**2 Ti 3:14-15**). El hecho de que ambos habían sido educados en las Escrituras desde jóvenes, debió de ser también una experiencia que los unió mucho, aunque es probable que todo esto sea mencionado aquí por otra razón.

Todos recordamos que la primera vez que Pablo fue encarcelado en Roma, fue debido a que los judíos le acusaban de haber abandonado la religión de sus antepasados.

(Hch 24:14) *“Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas”*

(Hch 26:6-7) *“Y ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres soy llamado a juicio; promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus, sirviendo constantemente a Dios de día y de noche. Por esta esperanza, oh rey Agripa, soy acusado por los judíos.”*

(Hch 28:20) *“Así que por esta causa os he llamado para veros y hablaros; porque por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena.”*

Pero éstas eran calumnias infundadas, porque él no había apostatado de la ley de Moisés, ni había forjado una nueva religión según sus propias preferencias. Sus antepasados eran miembros de la nación del pacto, eran sinceros, gente piadosa que adoraba al Dios único de acuerdo a la ley. Y eran ellos los que le habían transmitido este conocimiento, y ahora él continuaba sirviendo al mismo Dios *“con limpia conciencia”*. Él había comprendido que el cristianismo era la verdadera continuación y cumplimiento del Antiguo Testamento. Para él, creer en Cristo no significó en ningún momento renunciar a la fe de sus padres, sino todo lo contrario. Sus antepasados creían en la resurrección y Pablo también. Esperaban la venida del Mesías y Pablo proclamaba que ya había hecho su aparición en la persona de Jesús de Nazaret. Por supuesto, para llegar a estas conclusiones tuvo que pasar por un proceso en el que Cristo mismo le tuvo que iluminar. Y a pesar de que en el pasado había hecho cosas contra el nombre de Cristo por ignorancia, cuando ahora escribe desde la cárcel, está seguro de que adora a Dios con limpia conciencia. Así que, aunque es un prisionero por causa del evangelio, él sabe que ha actuado correctamente, siguiendo en todo la voluntad revelada de Dios.

3. *“Sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día”*

Leyendo las otras cartas del apóstol Pablo nos damos cuenta de que constantemente estaba dedicado a orar por otros. Iglesias e individuos estaban en su lista de oración. Y aquí vemos que Timoteo tenía un puesto especial en su corazón.

Dice que se acuerda de él *“noche y día”*. Esto nos indica la regularidad con que oraba, pero también nos muestra que aun cuando estaba encerrado y aislado en una cárcel, su espíritu era libre y seguía activo en la obra de Dios.

Parece que una de las peticiones que expresaba en sus oraciones era el deseo de ver a Timoteo: *“Deseando verte, al acordarme de tus lágrimas, para llenarme de gozo”*. No sabemos cuándo fue el momento en que Timoteo derramó las lágrimas referidas aquí y que Pablo recuerda constantemente. Tal vez fue cuando se separaron la última vez, quizá en su último arresto. Pero no podemos tener ninguna certeza sobre esto. Sin embargo, vemos que Pablo oraba porque deseaba ver a su desconsolado amigo Timoteo y así poderle consolar, algo que a su vez llenaría también de gozo al mismo apóstol.

Otro de los detalles que recordaba en sus oraciones era *“la fe no fingida”* que había en Timoteo. En él no había nada de fingimiento o falsedad. No era el tipo de “creyente” que está convencido sólo cuando las cosas van bien.

Es cierto que Timoteo había recibido una importante influencia por medio de su abuela y su madre, pero finalmente él mismo tuvo que creer personalmente para ser salvo. Y este mismo paso deben darlo igualmente todos los hijos de creyentes. Pero en cualquier caso, también debemos resaltar la importancia de instruir a nuestros hijos en las verdades de la fe cristiana. ¡Cuántos excelentes siervos de Dios han recibido su primera enseñanza de la Biblia por medio de sus madres! Y así fue como Timoteo llegó a ser la tercera generación en aquella familia que servía a Dios con una fe genuina.

El don y el llamamiento recibido de Dios (2 Ti 1:6-7)

(2 Ti 1:6-7) “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.”

1. *“Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti”*

Como sabemos, Pablo escribió esta epístola para dar ánimo y fortalecer a Timoteo, su hijo espiritual y amigo. Y aquí encontramos la primera exhortación para que siga constante en el ministerio.

Tal vez podemos imaginarnos algo de las circunstancias por las que Timoteo atravesaba y que hacían necesaria cierta palabra de ánimo. Por un lado, la hostilidad del Imperio Romano hacia el evangelio estaba creciendo, de tal modo que muchos cristianos estaban muriendo por esta causa, y el mismo Pablo estaba encarcelado por esa misma razón y esperaba que muy pronto también sería sacrificado (2 Ti 4:6). Esto implicaba que Timoteo tendría que tomar el relevo del apóstol y asumir nuevas responsabilidades. Sin duda, esto podría asustarle, y más si tenemos en cuenta que algunos todavía lo veían un poco joven (1 Ti 4:12) (2 Ti 2:22), y también que su salud no era muy buena (1 Ti 5:23). Y si esto no fuera suficiente, Pablo le anuncia más adelante que estaban por llegar *“tiempos peligrosos”* (2 Ti 3:1-13).

Frente a este escenario no debía desalentarse, y Pablo le anima a avivar el fuego del don de Dios que estaba en él. Timoteo había recibido un don que le capacitaba para desarrollar cierto ministerio, y ahora se le exhortaba para que lo desarrollara por medio de su uso diligente. Con esto no estaba reprochando a Timoteo que estuviera siendo negligente o perezoso en el desarrollo de su ministerio. Pero como sabemos, la tendencia del fuego es a apagarse, y las circunstancias que rodeaban a Timoteo bien podían asfixiarlo, así que el apóstol quiere introducir nuevo oxígeno para que la combustión se reavivara aun más y siguiera haciendo frente valerosamente a las serias dificultades con las que se iba a encontrar. Podemos decir que se trataba de una exhortación preventiva, no correctiva.

Y por supuesto, nosotros también debemos recibirla. Tenemos que vigilar el fuego en el altar de nuestro corazón, alimentar constantemente nuestra relación con Dios, ejercitar los dones recibidos, para así no perder el celo y el entusiasmo por la obra del Señor, ni apagar su Espíritu en nosotros (1 Ts 5:19).

2. *“El don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos”*

Después de salvarnos, Dios nos ha repartido diferentes dones como él ha querido (1 Co 12:11). Estos dones sirven para capacitar al cristiano para servir al Señor en las áreas específicas del ministerio al que ha sido llamado. Y como vamos a considerar a continuación, Timoteo había recibido un don muy especial, sobre el que Pablo habla ahora, y que también había mencionado varias veces en la primera carta que le escribió:

(1 Ti 1:18) *“Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia.”*

(1 Ti 4:14) *“No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio.”*

Cuando consideramos juntos estos pasajes, tenemos tres elementos diferentes que aparecen relacionados de algún modo. Por una parte estaban *“las profecías que se hicieron antes en cuanto a Timoteo”*, luego la *“imposición de las manos del presbiterio”* y finalmente *“la imposición de manos de Pablo”*.

El don que Timoteo había recibido fue dado mediante profecía, lo que parece dar a entender que hubo cierta revelación especial que sirvió para dar a conocer el don que había recibido y que implicaba un servicio igualmente especial. Esto fue confirmado por la identificación del presbiterio (el conjunto de ancianos de la iglesia), que impusieron sus manos sobre Timoteo, y finalmente, el mismo apóstol hizo lo mismo.

Sabemos que los dones son dados por el Espíritu Santo y no por los hombres (**1 Co 12:7-11**), así que lo más probable es que la imposición de manos fue llevada a cabo en un acto público por el que la iglesia reconoció mediante sus ancianos el don y la misión que Timoteo había recibido. Y en este caso, tratándose de un don de gran importancia para toda la Iglesia, contó también con la singular identificación del mismo apóstol Pablo.

Así pues, sin pretender ser dogmáticos, creemos que el incidente descrito aquí pudo haber tenido lugar durante el segundo viaje misionero de Pablo cuando pasó nuevamente por Listra (**Hch 16:1-3**). En aquel momento, la iglesia y el mismo apóstol, decidieron que Timoteo acompañaría al grupo apostólico, comenzando así una estrecha colaboración que duró hasta los últimos días de la vida de Pablo.

Por otro lado, tampoco está claro en qué consistía el don que Timoteo había recibido. Como acabamos de decir, seguramente implicaba la prolongación del ministerio de Pablo en la persona de Timoteo. Esto incluía, por supuesto, dones relacionados con el pastoreo, la evangelización y la enseñanza (**1 Ti 4:13**) (**2 Ti 2:2**) (**2 Ti 4:2-5**).

Con todo esto, Pablo estaba llevando los pensamientos de Timoteo al comienzo mismo de su ministerio. Y sin duda, él recordaría perfectamente aquellos momentos y la forma en la que Dios había dirigido todas las cosas para que llegara a formar parte del equipo misionero del apóstol. Y era importante volverlo a recordar ahora que las circunstancias a su alrededor se volvían terriblemente adversas. De la misma manera que Pablo era *“apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios”*, también había sido la voluntad de Dios que Timoteo recibiera el don y ministerio que tenía. Algo que en su caso había sido ampliamente confirmado por su propia iglesia, sus ancianos y el mismo apóstol (**Hch 16:1-3**). Todo esto debería fortalecer sus ánimos frente a las pruebas por las que iba a pasar, ya que estaba realizando el ministerio al que Dios le había llamado, y no algo que él mismo se había buscado.

3. “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía”

A continuación Pablo le explica cómo debe desarrollar *“el don de Dios que está en él”*. En primer lugar hay algo que evitar: la *“cobardía”*. Y en segundo lugar, le muestra tres aspectos positivos que contrarrestarían lo anterior y que también deberían estar presentes en él: *“poder, amor y dominio propio”*.

Empecemos por lo que debía evitar: la cobardía. Como sabemos, Satanás usa la violencia, la persecución, la intimidación, las amenazas... para inspirar la cobardía en el cristiano. Otras veces se sirve del temor *“al qué dirán”*, a ser desprestigiados o menospreciados por causa de nuestra fe. En otras ocasiones nos asusta asumir *“riesgos”*

si nos identificamos demasiado con el evangelio. Incluso el predicador puede temer al ridículo y a las burlas que puede recibir si afirma doctrinas que son impopulares y no agradan al exigente oído del hombre moderno. En fin, el diablo conoce bien la naturaleza humana y sabe cómo usar estas armas para paralizar al cristiano.

Sin embargo, *“Dios no nos ha dado espíritu de cobardía”*. Y al considerar estas palabras debemos empezar por notar que quien las estaba escribiendo era un hombre que había sufrido mucho y que estaba a las puertas de morir por su fidelidad al evangelio, pero en el que no encontramos ni el más leve atisbo de miedo o cobardía ante lo que enfrentaba.

¿Cuál era el secreto de Pablo para vencer el temor sin acobardarse en tales circunstancias? Él dice que *“Dios no nos ha dado espíritu de cobardía”*. Ahora bien, los traductores bíblicos se debaten sobre la cuestión de si en este caso la palabra *“espíritu”* debe ir en mayúscula o minúscula, es decir, si se refiere al Espíritu Santo o al espíritu del hombre. Sea como fuere, es evidente que sólo el Espíritu de Dios puede quitar de nosotros la cobardía y darnos poder, amor y dominio propio. Así que, si la referencia fuera al espíritu humano, debemos entenderlo como dotado por el Espíritu Santo.

Por lo tanto, lo que Pablo estaba haciendo era mostrar a Timoteo los recursos que había recibido para llevar a cabo el ministerio al que había sido llamado. Dios nos ha capacitado con *“el Espíritu Santo que mora en nosotros”* para que podamos guardar fielmente el depósito que se nos ha entregado (**2 Ti 1:14**). Él conoce perfectamente nuestra debilidad y no nos deja solos para que luchemos contra el mundo, la carne y el diablo. No podríamos hacerlo, pero el Espíritu Santo nos capacita para ello.

4. *“Sino de poder, de amor y de dominio propio”*

Frente al temor y la cobardía, Dios nos ha dado *“poder”*. Y como alguien ha dicho, “aquel que está armado con el poder de Dios, jamás temblará ante el ruido que el mundo produzca”. Es verdad que las dificultades estaban creciendo, y que amenazantes nubes estaban oscureciendo rápidamente el cielo en el que el cristianismo se desarrollaba en aquellos días, pero en la misma proporción, Dios promete dar su poder para enfrentar cada nueva dificultad que aparezca y así desarrollar el don recibido.

En este contexto, el *“poder”* recibido se relaciona con la ayuda de Dios para superar nuestra cobardía innata y capacitarnos para trabajar, sufrir con paciencia, y si fuera necesario, morir por el evangelio (**2 Ti 1:8**). En otra ocasión, cuando Pablo oraba por los creyentes en Éfeso, pedía que fueran conscientes del poder sobrenatural de Dios, el mismo poder que usó para resucitar a Cristo de los muertos, y que ahora estaba también a su disposición (**Ef 1:18-20**).

Junto al poder de Dios está también su *“amor”*. De esta manera suple otra de nuestras deficiencias más importantes, ya que por naturaleza no estamos inclinados a ejercitar nuestros dones de forma abnegada en interés de otros, y mucho menos si eso implica sacrificio personal. Pero si esto no surge de forma natural en nosotros, aun somos menos capaces de amar a nuestros enemigos y a aquellos que nos hacen daño. Sólo el amor de Dios puede librarnos de la irritabilidad y el odio generado en nosotros como respuesta a las afrentas de aquellos que nos ultrajan y persiguen. Si no es por el Espíritu Santo, el hombre natural nunca podrá reaccionar como el Señor Jesucristo lo hizo cuando estaba siendo crucificado y dijo: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”* (**Lc 23:34**). Necesitamos este amor de Dios en nosotros, que sin duda es la fuerza más poderosa del universo y que puede vencer toda nuestra resistencia a darnos por los demás sin importarnos el coste.

Y por último, el tercer componente es el *“dominio propio”*, que tiene que ver con el autocontrol, la sobriedad, la autodisciplina, el ejercicio de una mente sana y equilibrada.

Todo esto resulta necesario en cada circunstancia. En tiempos de persecución se requiere calma y buen juicio para no reaccionar con fanatismo ni violencia. Pero igualmente en cada situación que se presenta en el desarrollo de los dones recibidos, es preciso la energía moderadora del Espíritu Santo en nosotros.

Poder, amor y dominio propio, unidos, harán que el siervo de Cristo sea firme e inmovible en sus convicciones, pero también limará sus aristas, haciendo de él alguien bondadoso y entregado a los demás, celoso por la obra de Dios pero sin fanatismos ni exageraciones desproporcionadas. Y tenemos que reconocer que estos no son una capacidad natural en nosotros. No nacemos con ellos, ni se pueden conseguir estudiando, son fruto del Espíritu Santo.